El hijo de un hombre

Juan Carlos Pereletegui

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

«El profesor ha avisado que se retrasará unos minutos, le ruega que le aguarde en su despacho» le dijo la secretaria haciendo pasar al joven a un estudio penumbroso y atiborrado de libros. En el rayo de luz que atravesaba una rendija de las persianas bailaban incontables motas de polvo. Instalado en un cómodo sillón de cuero, se entretuvo mirando cómo las motas de polvo parecían librar un combate a muerte en el delimitado campo de batalla del rayo de luz.

«¡Le ruego que me disculpe señor Ortín! Problemas ineludibles de la universidad...». El joven Ortín se sobresaltó al contemplar la cara de luna del profesor Garbí muy cerca de su rostro. Pensó que se había adormilado contemplando las motas de polvo. El profesor no hizo caso de su desconcierto y siguió hablando.

—Lo que me contó por teléfono es muy interesante, ese sueño suyo recurrente...

—Como ya le expliqué —respondió el joven—, se trata de dos hombres que luchan en medio de los escombros de una casa... no sé la época pero luchan con espadas y uno de ellos tiene un escudo en el pecho, el escudo del que le hablé… parece que tiene alguna relación Sax y me dijeron que usted podría conocerlo...

—Sí, sí... el escudo es muy interesante, según me dijo tenía un león, dos lobos y dos torres blancas...

El profesor Garbí había dado la espalda a su visitante mientras hablaba, pero se volvió de forma repentina, su voz adoptó un tono profundo y el rayo de luz arrancó de sus pupilas un brillo singular. El joven Ortín quedó paralizado en el sillón mientras la voz profunda del profesor le tocaba el corazón:

«Es usted un labrador de posibles, a finales del siglo XVII...», fue lo último que escuchó el joven antes de sentirse transportado a otro mundo...

… se llama usted Juan Torreblanca, su familia, una de las más antiguas de Sax, pertenece a esa nobleza rural, que no aristocracia, que constituye la base económica y social de la Monarquía Hispánica. En este Año del Señor de 1699 cuenta usted con 35 años y carga a sus espaldas una desgraciada serie de desengaños amorosos que le han convertido en un hombre solitario y taciturno. Se ha hecho a la idea de que no encontrará mujer con la que compartir su vida y se dedica a disfrutar de los hijos de su hermano Matías y a cuidar de su no pequeña hacienda. Hoy toca revisar las aparcerías del sur, junto al barranco de Salinas. A lomos

de un penco tan calmo como usted, recorre las tierras, revisa con ojo experto los cultivos y los edificios y cobra a los medieros las rentas que tocan. Todos se quejan e intentan hacer trampas y usted, D. Juan, lo sabe, pero si los campos están bien cuidados y las granjas pulcras y ordenadas, suele ser indulgente. Es un día largo de final de primavera, caluroso, se anuncia ya el verano. Cae la tarde y duda si visitar a su más lejano mediero, la familia Ochoa. Si lo hace regresará al pueblo ya cerrada la noche, pero nadie le aguarda en el caserón, salvo un ama gruñona y un par de perros demasiado gandules como para acompañarlo en el recorrido, así que decide acercarse hasta el pago de los Ochoa, a una hora en la que nadie esperaría verlo aparecer.

El sol ya se ha puesto cuando gana la granja guiado apenas por un par de candiles que titilan a través de las ventanas. Lamenta su decisión. El penco está nervioso, su vista debe ser aún peor que la suya, D. Juan. Resuenan ladridos y una sombra sale disparada desde la granja e hinca el colmillo en los jarretes de su montura. El caballo se encabrita, usted hace lo posible por mantenerse en la silla, pero al final da con sus huesos en el camino. Intenta ponerse en pie, pero apenas se ha incorporado cuando recibe ayuda de dos personas. ¿De donde han salido estos? Voces jóvenes, hombre y mujer, gritan pidiendo ayuda, hay revuelo en la granja y los candiles se acercan presurosos. Reconoce usted la voz de Paco Ochoa, su mediero, pero no se dirige a usted. «¿Tú que haces aquí? ¡Bergante!, y tú, Nieves, tenías que estar encerrando las gallinas...», «Eso no importa ahora, padre, no ve que es D. Juan Torreblanca». Casi nota usted el sobresalto del pobre mediero, y el dolor no le impide percatarse de que mientras Ochoa se desvive en disculpas, alguien aprovecha para desaparecer entre las sombras. Mientras le ayudan a levantarse, uno de los candiles iluminan el rostro de Nieves Ochoa, la hija tarambana que retoza en un ribazo con vaya usted a saber quién mientras su padre se piensa que prepara el gallinero para la noche. Su mirada se cruza con los ojos verdes de la muchacha, muy joven. La vacilante luz del candil arranca de sus pupilas un fulgor como de fuego de San Telmo y usted nota cómo otro fuego se declara en su interior sin previo aviso. Dos días tuvo que permanecer en la granja de Ochoa, antes de que sus huesos doloridos consintieran en subir de nuevo al penco. Dos días que le confirmaron que Nieves Ochoa era la mujer con la que deseaba compartir su vida, dos días en los que supo que ella no haría ascos a tal idea, dos días

en los que averiguo, por Paco Ochoa, que el bergante con el que la muchacha festejaba a la vera del camino la noche de su llegada no era otro que Pedro Forte, hijo de un mediero de su hermano Matías, un joven de buena planta, famoso entre las mozas y aborrecido de los padres. Nada bueno se podía sacar de él, salvo una barriga, a decir de las madres.

De regreso a Sax, usted hizo llamar a Nieves Ochoa como ayudanta del ama, ya entrada en años; intimó con ella, decidió creer sus palabras de que con Pedro Forte no había nada serio, tan solo «... juegos de niños...» y antes de un mes se celebraron las bodas. Usted tenía experiencia suficiente para saber, en la primera noche, que no era el primer viajero de aquella carretera y cuando Nieves anunció, al poco, su estado de buena esperanza, acalló las maledicencias del ama con la amenaza de enviarla a cuidar los cerdos. Nada de eso le importaba, porque Nieves era su última esperanza contra la soledad y traía, nada más llegar, un hijo, y con él la promesa de otros. Los años siguientes parecieron darle la razón, D. Juan: Nieves demostró tener la cabeza mejor asentada de lo que su primer encuentro hacía suponer. Además del primogénito, Alonso, le dio dos niñas que eran la luz de su vida. Nieves se convirtió en una madre ejemplar, una esposa envidiable y una eficaz administradora de la casa de su marido y hasta el ama, ya en su lecho de muerte, se lo reconoció a usted. En aquella apacible transformación de su vida, tuvo usted una china en el zapato: Pedro Forte. Acostumbrado a ser él el desplantador, no llevó nada bien convertirse en el desplantado. Rondó a menudo la casona de usted, intentó arrimarse a la ahora su esposa, que lo despachó sin contemplaciones, sembró habladurías y difamaciones, aunque nunca pareció sospechar la auténtica paternidad de Alonso. Al cabo, aburrido ya de aquello, su hermano Matías hizo que le ofrecieran un pago en Elda, con tratos favorables. Juan Forte, el padre, al cabo de la calle de casi todo, obligó al gañán a aceptarlo, so pena de dejarlo con una mano delante y otra detrás, y por un largo tiempo no se volvió a saber en Sax de Pedro Forte... y a buen seguro que hubiera sido mejor para todos no volver a saber de él nunca jamás.

La paz y esperanza que se disfrutaba en casa de usted contrastaba con la tormenta que se avecinaba sobre la Monarquía Hispánica. Al poco de nacer Alonso llegó la noticia de la muerte del Católico Monarca Carlos II, quién, a pesar de sus carencias y debilidades, dejaba los reinos de la Monarquía mejor de lo que los recibió y no hubiera sido mala época la

suya de haber engendrado un heredero incontestable, por desgracia no fue así. El entronamiento del Borbón, Felipe V, no fue bien recibido por todos, aunque en el Reino de Murcia se acató el testamento real y Sax no fue una excepción. Usted, D. Juan, fue comisionado por el cabildo sajeño para organizar las obsequias por el rey fallecido y la proclamación del nuevo rey. Aquella noche del 4 de diciembre de 1700 salió al balcón de su casona con el pequeño Alonso en brazos y con Nieves cogida a su cintura; contempló cómo todos los balcones del pueblo se habían llenado de velas, lámparas y candiles en muestra de bienvenida al joven Monarca. Usted sabía que aquella paz no duraría. Apenas dos años después tuvo que ponerse al frente de una compañía de la milicia local para responder a la petición de auxilio de Cartagena, atacada desde el mar por la escuadra inglesa, en su intento de llevar hasta el trono de Madrid al candidato imperial: el Archiduque Carlos de Austria. Lo peor llegaría el 14 de diciembre de 1705, con el alzamiento en contra de Felipe V y a favor del autoproclamado Carlos III, del vecino, muy vecino, Reino de Valencia. De la noche a la mañana usted y todos sus convecinos se encontraban a tiro de piedra de la frontera de dos reinos en pie de guerra.

Desde que Pedro Forte marchara a Elda, no volvió usted a saber de él, pero tiempo después arduas investigaciones le llevarían a saber que se hizo partidario del Archiduque tan pronto soplaron los primero vientos de rebelión. Allá donde estuviera, y ante quién quisiera escucharlo, proclamaba que el odio al borbónico Sax, y en particular a los Torreblanca, fieles hasta la médula al juramento prestado al testamento de Carlos II, era lo que le había impulsado a abrazar la causa de los rebeldes. Y aún agregaba que un día los mataría a todos, empezando por el hermano de usted, Matías, siguiendo por usted mismo y reservándose para el final, un final atroz, a la traidora y a toda su camada. Así de viles se vuelven los burladores cuando prueban su propia medicina. Sus pesquisas le descubrieron que Pedro Forte hizo carrera rápidamente entre los imperiales, que así se conocía a los partidarios del hijo del Emperador Leopoldo I, a costa de un valor feroz y temerario que le llevó pronto a capitanear una compañía. Tan pronto como se produjo el alzamiento del Reino de Valencia, pidió el traslado a este frente con la esperanza de que surgiría la oportunidad de dar contento a todo el rencor acumulado en su corazón, lo que ocurrió cuando usted, al frente de un par de compañías de milicias

sajeñas, intentaba llegar a Alicante, en respuesta al llamado de ayuda lanzado por el Obispo Belluga, para forzar a los imperiales a levantar el sitio de la capital. La noticia del traslado llegó a oídos de Pedro Forte, buen conocedor de los lugares y de los lugareños, que, al saber que usted estaba al mando de las tropas, le tendió una emboscada a la altura de Aspe. Fue entonces, entre el tronar de los fusiles y el silbar de las balas, cuando usted descubrió, con más perplejidad que temor, que se había ganado tan sañudo enemigo. Las palabras de Pedro Forte llegaron hasta usted más mortíferas que la corte de plomo que las acompañaba y jamás se han borrado de su cabeza: «Juan Torreblanca, estrangularé a tus hijos, beberé tu sangre y montaré a tu mujer como tú nunca sabrás hacerlo». Sí, recuerda aquel día, ¿verdad, D. Juan? Recuerda cómo la mano sudorosa apretó la empuñadura de la espada, a punto de dar la orden de cargar, sin importar cuantos cayeran entre las peñas antes de trabar combate con el enemigo, pero su responsabilidad de capitán lo detuvo. Ya habían perdido cuatro hombres en la emboscada y tocaba retirarse en orden y sin perderle la cara a los imperiales, para que el desastre no fuera a mayores. Rehízo usted la compañía, la condujo por la ruta de Jijona para evitar más encuentros inconvenientes, y aún llegó a Alicante a tiempo de batir a los sitiadores y arrebatarles media docena de cañones que vinieron a reforzar las defensas del castillo de Sax, convirtiéndolo en un temible baluarte a la vera de la carretera de Villena.

No quiso usted, D. Juan, compartir con su esposa Nieves lo ocurrido en Aspe, ni las brutales palabras de Pedro Forte. La salvaguarda de su hogar era para usted el más sagrado de los deberes, ¡ay del que osara amenazarlo!, pero no contó con que la resolución de Pedro Forte, como averiguaría más tarde con el mayor de los dolores que un padre puede soportar, rayaba en la enajenación, aunque el devenir de la guerra no le daría otras oportunidades de saciar su odio hasta varios meses después. Los imperiales, bien asentados en sus reales de Elda, trataban de hacerse con el control de todo el valle, hasta Villena, pero Sax, y su castillo, eran irreductibles. Una y otra vez la población fue atacada, incendiada y sus habitantes vejados, pero el castillo, sitiado con avaricia y defendido con denuedo, siempre resistió. Quiso la fortuna, la mala fortuna, que uno de aquellos ataques fuera encargado a la compañía de Pedro Forte y que la defensa de la fortaleza estuviera en sus manos, D. Juan. Era un pueblo fantasma el que ocuparon los soldados. La mayor parte de los hombres

estaban fuera, con la milicia, en diferentes cometidos de guerra, o en el castillo, decididos a hacer buena la palabra dada ante el testamento de un rey lejano, no tanto por el rey como por la palabra, pues si el precio de un hombre ha de tasarse por la confiabilidad de su palabra, el suyo, D. Juan, era el de su peso en oro. Mujeres, niños y ancianos habían huido a los pueblos vecinos, los más afortunados, o se habían refugiado en los montes próximos, en medio de penurias indecibles. Temía usted por su hermano Matías, a la sazón Alcalde de Sax, que se había quedado en el pueblo para velar por unos cuantos ancianos impedidos que no habían podido huir ni ascender por la severa cuesta del castillo para refugiarse en él. Desde la alta torre fue testigo del vandalismo de la tropa, que robó todo lo que no había podido robar en los asaltos anteriores e incendió, por afán de causar mal, todo lo que era inútil para sus propósitos. Su hermano, el secretario y el regidor se habían refugiado en la parroquia con los vecinos impedidos, en la confianza de que la sacralidad del templo los libraría de males mayores y quizás hubiera sido así, de no encontrarse Pedro Forte al mando de los asaltantes.

Completado el saqueo del pueblo, respetando de primeras la iglesia, dirigió el capitán imperial su atención a la fortaleza. Resguardados por las peñas, ascendieron sus hombres por las recias laderas del cerro en cuya cima se alzan las murallas. Sus almenas estaban festoneadas de fusiles y tras cada fusil, un alma dispuesta a cenar en el infierno si preciso fuera. En el lado norte, el que dominaba la carretera de Villena, asomaban su negro morro seis piezas de artillería, los cañones ganados en el sitio de Alicante, y que ahora apuntaban sus bocas al camino más directo para alcanzar Villena, la plaza más fuerte y preciada del valle. Para no ponerse a tiro de aquellas piezas, tomaban los imperiales atajos y veredas que alargaban el viaje y dificultaban el suministro y acabar con aquel perjuicio era la parte más importante de las órdenes de Pedro Forte. Usted veía cómo los enemigos estrechaban el cerco de la fortaleza, pero obligó a lo suyos a comerse las ganas. Estaban demasiado lejos y bien resguardados por las duras rocas sobre las que estaban levantadas las murallas. Dispararles sería malgastar pólvora y balas y ni de una ni de otras estaban sobrados. Pedro Forte interpretó como debilidad lo que no era sino inteligencia y apremió a los suyos para que dejaran el resguardo de las peñas y cargaran ladera arriba. En ese momento y no antes, usted, D. Juan, ordenó fuego a discreción, advirtiendo a la milicia que el que fallara el tiro

debería salir a recuperar la bala. Serio y taciturno como era usted, no dejaba de tener una vena socarrona, muy apreciada por sus hombres. Fuera porque pensaran que era usted muy capaz de hacer valer su palabra, fuera por el odio que había engendrado en sus corazones la vista de su pueblo ardiendo por los cuatro costados, aquellos hombres, acostumbrados a traer a la mesa lo que la escopeta les daba, hicieron alarde de puntería y obligaron a retroceder a los asaltantes. Enloqueció entonces de ira Pedro Forte, reunió a lo que quedaba de sus hombres y les ordenó asaltar la iglesia y traer a los que se refugiaban en ella.

Trajeron presos, cargados de hierros y maltratados, al secretario y al regidor, y al pie del cerro los obligaron a hincar rodillas ante Pedro Forte de sendos culatazos. Los soldados portaban en andas a media docena de ancianos impedidos, algunos casi enloquecidos por la edad o los últimos padecimientos, o ambas cosas. Desde el adarve se echaba de menos a su alcalde, Matías Torreblanca, que se había quedado en la parroquia a defender y proteger a sus convecinos más indefensos. Mientras aguardaban su aparición, un murmullo exasperado se alzó desde las almenas. Los defensores habían visto una nueva columna de humo alzarse desde la iglesia lo que hizo que más de uno se echara el arma a la cara, pero la distancia era mucha y bajaron el perrillo con ira contenida. En esas vio usted que traían a su hermano, sangrando abundante por la ceja partida, renqueando por el dolor de los muchos golpes recibidos al oponerse a la entrada de los soldados en la iglesia. Venía cogido de dos soldados fuertes y recios que lo llevaban de los codos en volandas y que lo soltaron, dejaron caer más bien, ante Pedro Forte. Sin fuerzas para mantenerse en pie, se derrumba, pero apenas su rostro toca el suelo se alza de brazos y escupe a los pies del capitán, aunque de sus labios sale más sangre que saliva.

Pedro Forte lo coge de los pelos y le restriega el rostro contra el polvo. Usted, impotente, se mesa la barba mientras escucha las palabras del miserable: «Juan Torreblanca: me voy a llevar a tu hermano. En Elda estarán muy contentos de tenerlo preso. Rinde el castillo o serás responsable de lo que le ocurra». Usted rechina y los dientes y golpea la roca de la muralla. Matías se ha ganado un nombre en esta guerra: Onteniente, Jijona, Cartagena, Játiva, Alicante... adonde ha llevado su compañía de milicias ha causado estragos y ocasionado graves perjuicios a los imperiales, que se alegrarán teniéndolo a buen recaudo. Toma usted su decisión y, sin pérdida de tiempo, mientras los atacantes todavía se están agru-

pando para regresar a Elda, su mensajero sale con disimulo por una poterna lateral y toma apresuradamente el camino de Villena. Esa misma noche llegan hombres para cumplir su recado y al día siguiente manda aviso a Elda de que está dispuesto a rendir el castillo con todo su armamento, a cambio de la libertad de su hermano y sus compañeros. Aceptada la oferta saca a sus hombres y los oculta en los montes cercanos desde donde, catalejo en mano, puede ver la llegada de los imperiales. En formación y a ritmo de tambor, las compañías ascienden por el camino de la puerta principal. Pedro Forte acompaña a caballo a varios oficiales ingleses. Matías y los demás quedan al pie de la subida, custodiados por un pelotón de soldados. Usted contempla la escena con el corazón en un puño. De pronto ve a Pedro Forte salir a caballo por la puerta principal y descender la ladera del cerro a todo galope. Llega donde están los prisioneros y su fusta cruza el rostro de Matías, de inmediato los soldados arremeten contra los tres hombres indefensos, primero a culatazos y a patadas una vez que ya han caído al suelo. El catalejo tiembla de la rabia con la que lo sujeta. Usted conoce el motivo de la ira de Pedro Forte: ha rendido el castillo *con todo su armamento*, pero el que había en el momento de hacer la oferta. Para entonces los seis cañones estaban camino de Villena y a estas horas ya habrán encontrado buen emplazamiento en su propio castillo. Momentos después salen de la fortaleza los oficiales ingleses, que detienen el apalizamiento. Forman las tropas que iban a guarnecer el castillo y se vuelven por donde han venido. Sin la batería de artillería su valor estratégico es poco, la carretera de Villena está expedita y con eso basta. En el suelo quedan los tres hombres, sangrantes y doloridos, pero con vida.

A pesar de la importancia de las operaciones en el norte de la península, usted era de los que pensaban que la balanza de la guerra se había de decantar en aquellas tierras de frontera entre los reinos de Murcia y de Valencia. Que cada vez eran más los que compartían esa opinión lo muestra el esfuerzo que ambos bandos hicieron por incrementar sus fuerzas en la región, y por mejorar sus posiciones estratégicas. Los imperiales se reforzaron con un potente contingente portugués que propició que el Marques das Minas se hiciera cargo del mando supremo de todas las fuerzas del Archiduque en el valle del Vinalopó y el primer motivo de asombro de los oficiales portugueses fue ver a Sax estorbando sus movimientos a lo largo del valle. Durante unas pocas semanas de principios

de 1707, Sax se convirtió en cuartel general de los ejércitos reales, muy incrementados pero excesivamente dispersos. Usted, D. Juan, aprovechó la seguridad que proporcionaban aquellas tropas para reunir a su familia, a la que echaba de menos. Nieves vino con los niños desde Biar, donde se había refugiado, y usted acogió a su hermano, su cuñada y sus sobrinos hasta que Matías se repuso de sus heridas. Pocas cosas le causaron tanta satisfacción como abrazar a Alonso, que con sus siete años jugaba con una espada de madera a defender su castillo de los imperiales, orgulloso de imitar a su padre. Las niñas ponían el contrapunto dulce y a usted se le esponjaba el corazón cuando su madre les pedía que le dieran un beso antes de llevarlas a la cama, pero era Alonso, el primogénito, el hombrecito de la casa en su ausencia, quién le llenaba de ganas de luchar por un futuro mejor. Hubiera sido un tiempo muy feliz, a pesar de la guerra, si la sombra de Pedro Forte hubiera desaparecido, pero no pudo ser así. Ya no fue posible mantener a Nieves en la ignorancia de la saña con la que su antiguo amante les deseaba el mal, a ella y a todos los suyos, y los relatos de tanto odio lograban acongojarla. De nada valían las promesas suyas, D. Juan, de protegerlos con su propia vida pues ambos sabían que quizá una vida no fuera suficiente contra tanto rencor como cabe en el corazón de un burlador burlado.

Un buen día, de la noche a la mañana, los ejércitos reales levantaron el campo. Los generales de Felipe V, súbitamente consciente de lo débiles y vulnerables que los hacía la dispersión de sus tropas, habían decidido concentrarlas en Villena, a la que consideraban la plaza clave para el control del valle. Apenas la noticia llegó a Elda, el Marqués das Minas no tardó ni una hora en decidir que era el momento de acabar con el tumor que a sus ojos representaba Sax en la ruta de la ofensiva contra Villena. Todo ocurrió tan de repente que usted no tuvo tiempo de enviar lejos a su familia. Si Pedro Forte los capturaba a todos juntos, no quería pensar en cual serían las consecuencias, por ello dispersó a sus hijos entre familias conocidas que los harían pasar por propios. Esta vez las milicias estaban en el pueblo y contaban con el refuerzo de un pequeño pelotón de dragones franceses, así que usted, D. Juan, decidió no encerrarse en el castillo y defender todas y cada una de las casas. Nieves, sabedora de que la proximidad de sus hijos no podía ser otra cosa que perniciosa para ellos se quedó con usted, y si antes fue buena madre, mejor esposa y excelente administradora, ahora se transformó en la mujer del guerrero.

Mientras usted organizaba las defensas, levantaba barricadas, derribaba corrales para crear zonas de tiro despejado y distribuía sus tropas, Nieves catalizó la voluntad de resistencia de sus vecinos, convenció a las esposas para exigir de sus maridos algo más que heroísmo, hizo que las madres fustigaran a sus hijos a la defensa del suelo que los vio nacer y así, cuando las tropas imperiales asomaron por la carretera de Elda, convencidas de una victoria fácil en un pueblo tres veces arrasado, se encontraron con una resistencia numantina que los obligó a pagar un sangriento tributo por cada palmo conquistado. A pesar de ello, la superioridad numérica de los atacantes tenía que imponerse. Metro a metro, sus hombres cedieron terreno, convergiendo en torno al castillo. Usted defendía personalmente la última barricada, la que protegía la subida, y allí aguantaba a pie firme a que todos los pelotones su hubieran replegado y estuvieran a salvo tras las murallas. Entonces se hizo el silencio. Desde la izquierda vio aparecer la cuadrilla de Antonio El Pelao, la última que faltaba. Ordenó a sus hombres que tuvieran las armas a punto para cubrir su retirada, pero nadie los hostigó desde las filas contrarias y los de El Pelao ganaron la cuesta del castillo sin contratiempos. Aquello le daba muy mala espina. Se preguntaba usted por el motivo de tal tregua cuando escuchó la voz de Pedro Forte desde detrás de una montaña de escombros, frente a la barricada.

—¡Juan Torreblanca! Ordena a tus hombres que entreguen las armas, rinde la plaza.

—¿Por qué he de hacer tal cosa? Conquístala si tienes agallas para ello.

—No será necesario, di que no disparen, voy a salir.

Pedro Forte cruzó la montaña de escombros con un niño cogido de los pelos y con una daga apoyada en su garganta. El corazón se le detuvo y antes de que pudiera recuperar el habla escuchó el grito de horror de Nieves, desde la muralla: «¡Alonso!». Lo único que usted acertó en pensar fue en que mataría con sus manos al malnacido que había delatado el escondite de su hijo. Luego ordenó a sus hombres que se refugiaran en el castillo y que no dispararan, pasara lo que pasara y abandonó, desarmado, la protección de la barricada.

—¡Ya basta! ¡Deja libre al niño! Tómame a mí en su lugar.

—No, D. Juan, me gustaría, pero todavía no es tiempo de eso, aunque todo llegará. Ahora necesito que rindas la plaza, ¡ya!, o el muchacho morirá.

—Ya no depende de mí, Pedro, mis hombres ya están en el castillo y he traspasado el mando, ya nadie me obedecerá por mucho que lo ordene. Libera al niño y llevame de rehén, es tu mejor jugada.

—¡No!

La fiereza del grito de Pedro Forte le llena a usted de pánico.

—A ti ya te tengo, y si el niño no es útil, lo mataré delante vuestro. Sé que Nieves está allí arriba y confío en que disfrute del espectáculo.

Un giro de muñeca, un hilo de sangre brota del cuello del niño que está mudo de terror. Pedro Forte quiere hacerlo poco a poco, regodeándose. Usted sabe que solo hay una cosa que puede detener la mano de ese hombre.

—¡Basta! ¡No puedes matarlo!

—¿Nooo? ¿Por qué no? ¿Por que es hijo de Nieves? ¿Crees que eso me detendrá?

—No puedes matarlo porque es *tu hijo*, por eso Nieves te abandonó. Buscó lo mejor para él, como toda madre, quiso la protección, la seguridad y el futuro que tú no podías ofrecerle.

—¡Mientes! ¡No es hijo mio!

—Sí que lo es, y tú lo sabes, lo has sabido siempre, de ahí ese odio, ese encono, pero ni a ti mismo te lo has querido reconocer.

Ve usted cómo el acero se aleja un pizca del cuello de Alonso. Pedro Forte retrocede sin soltarlo. Usted intenta seguirlo más allá de la montaña de escombros pero un pelotón de imperiales lo detiene a punta de fusil. Lo último que oye usted es el grito desgarrado de Nieves antes de que un culatazo lo deje sin sentido.

Los imperiales se retiraron sin tomar la plaza, pero poco después el Marqués das Minas se resarcía ocupando Villena. Llegado el mes de abril, los dos bandos tenían la impresión de que se acercaba el enfrentamiento final. La caída de Villena parecía ser el detonante definitivo. Las fuerzas reales necesitaban imperiosamente ganar tiempo para reagruparse y dar la batalla. El Marqués das Minas volvió a ver a Sax como un peligro, esta vez en su retaguardia, y decidió que era imprescindible de todo punto eliminarlo antes de pensar en el gran combate, así que destacó una poderosa fuerza para acabar con su resistencia. Conocedores de lo que se les venía encima, y de que de ninguna manera podrían oponerse a semejante fuerza, pidieron consejo al mando supremo de los ejércitos reales y de allí llegó una súplica: «Resistid tanto como podáis». Usted fue el encarga-

do de explicar la situación a sus vecinos. Mientras tuviera una fuerza tan numerosa destacada en Sax, das Minas no atacaría, y cada día que eso no ocurriera, el ejercito real era más fuerte. Unas pocas jornadas podían representar la diferencia entre la victoria y la derrota para los partidarios de Felipe V. Puso usted tanta pasión en sus palabras, tanto empeño en convencer a los suyos de la importancia de no rendirse y de fijar allí al enemigo cuanto más tiempo mejor, que fue como ponerle un león en el cuerpo a cada vecino. Usted, sin embargo, tenía otros motivos para desear que aquel enfrentamiento se alargara cuanto más mejor. Todas sus pesquisas por saber de Pedro Forte y del paradero de Alonso habían fracasado. Parecía que al niño se lo hubiera tragado la tierra. Usted mantenía la esperanza de que siguiera con vida, había visto el rostro de Pedro Forte al revelarle la verdad sobre Alonso y estaba seguro de que pensaba criarlo como hijo suyo, pero para Nieves era más difícil de creer. Su pobre esposa estaba por enloquecer, apenas comía y las noches eran un calvario del que amanecía cada mañana un poco más muerta, un poco menos viva. Tenía usted la presunción de que en aquel contingente que venía contra Sax estaría de nuevo Pedro Forte, por mejor conocedor del terreno que nadie entre los imperiales, y si así era, no cejaría hasta enfrentarse a él cara a cara y arrancarle el paradero de Alonso.

Esta vez la diferencia de fuerzas era tan manifiesta que no se hizo intento alguno por defender el pueblo, concentrándose todas las fuerzas disponibles en el castillo y en sus laderas. Usted pidió mandar la primera línea de defensa, fuera de las murallas, y Nieves, intuyendo sus motivos, se negó a refugiarse en la fortaleza. Vestida de hombre, se convirtió en su sombra. Si usted no arrancaba de Pedro Forte la verdad sobre Alonso, Nieves estaba dispuesta a despellejarlo como a un cerdo. Dos pistolas en la faja y una daga albaceteña bien afilada mostraban su determinación. Los imperiales atravesaron temerosos las calles desiertas. Muchos recordaban los feroces combates que habían librado semanas atrás por tal o cual casa y ahora se sentían intimidados. Se preguntaban si era posible que los endiablados habitantes de aquel pueblo hubieran huido dejándoles el campo libre. Las primeras unidades imperiales llegaron el pie del cerro y atravesaron el espacio vacío hasta el inicio de la subida. Usted los dejó acercarse, manteniendo a sus hombres ocultos tras las peñas y la maleza. Cuando estuvieron a distancia de tiro seguro ordenó abrir fuego y una cortina de plomo cayó sobre los atacantes causando una terrible

mortandad. Retrocedían los imperiales cuando vio usted a Pedro Forte, buscando resguardo para lo que quedaba de su compañía. La ira, la rabia y la angustia de padre extirparon de usted cualquier pensamiento de prudencia y alzando su espada corrió por la ladera en busca del raptor de Alonso. Nieves lo seguía como un leal perro fiero, enarbolando las dos pistolas, dispuesta a descargarlas ante el primero que se interpusiera entre ella y su hijo. Sus hombres quedaron por un instante paralizados por el asombro pero luego, llenos de arrojo por su ejemplo, se lanzaron en pos de usted y su esposa. Una ola bajó de la ladera del castillo con fuerza terrible. Los imperiales intentaron detenerla a tiro de fusil, pero no habían tomado posiciones efectivas y no pudieron evitar que aquella montaña de furia, llena de filos cortantes, se les viniera encima. Usted y Nieves se evadieron de la batalla terrible que se desencadenó a su alrededor. Buscaban a una persona y solo descargaban sus armas contra quienes se interponían en su camino. Pedro Forte también les había visto e intentaba huir, pero no era fácil escapar del fragor del combate y usted acabó por arrinconarlo tras los escombros de lo que una vez fuera una casa. Ciego de rabia lo acometió sable en mano al grito de «¡Dónde está mi hijo?». Pedro Forte se defendió con la espada y con la palabra.

—Nunca fue tuyo, tú me lo robaste, ha vuelto con su verdadero padre.

—Es mio y de su madre, nosotros lo hemos alimentado y velado, amado y vestido...

—Nada de eso importa, fue mi semilla la que engendró a Alonso y es hijo mio, el resto son palabras.

—Me reconoce como padre, imita mis gestos, juega a ser como yo, sueña mis sueños...

—Todo eso pasará, yo soy su padre y la naturaleza se impondrá, dentro de poco os habrá olvidado y no seréis para él más que un oscuro episodio de su vida. El Archiduque será rey y yo me convertiré en una persona importante. Los que le habéis negado lealtad seréis ejecutados, os veré morir a los dos en el cadalso, a ti y a esa ramera traidora, y me quedaré con todo lo tuyo.

Su esposa se ha quedado a un lado, observando el combate y, con sus ropas de hombre, Pedro Forte no la ha reconocido, pero ahora, al oír sus palabras, no puede reprimirse. Escucha usted un disparo, Pedro Forte suelta la espada y se lleva la mano al hombro del que ya sale sangre en abundancia. Nieves se le echa encima como un dios colérico y empieza a

darle de puñadas y a regarlo de lágrimas mientras reclama a su hijo. Usted la aparta, toma la daga de su faja y levanta a Pedro Forte poniéndole el acero en el cuello.

—Ya basta de cháchara. Llévanos hasta Alonso, ¡ahora!

Empuja usted a Pedro Forte, suben por la montaña de escombros mientras vuelve a ser consciente de la frenética batalla que se vive a su alrededor. Los defensores del castillo también se han sumado a ella, disparando desde las almenas contra los soldados del Archiduque. Todo a su alrededor es ruido y violencia, sangre y muerte. Coronan la montaña de escombros y entonces, mientras busca el camino más rápido de alejarse de toda esta locura, las piernas de Pedro Forte flaquean y el hombre cae a sus pies como un muñeco de trapo. Cuando le da la vuelta ya está muerto, una bala, venida de quién sabe donde, le ha atravesado el corazón. Nieves, a horcajadas sobre él, abofetea el cadáver exigiéndole hablar. Usted, acuclillado junto a ella, llora como no ha llorado nunca. Sabe que ha perdido a Alonso para siempre. Sus dedos tocan instintivamente el escudo bordado en el pecho de su camisa, el escudo de los Torreblanca: un león, dos lobos y dos torres blancas, el que usted hubiera querido que Alonso llevara con orgullo, pero eso ya no ocurrirá. Tan solo le queda Nieves, si puede evitar que caiga en la locura completa. Con ternura sujeta sus brazos que no paran de golpear el rostro de Pedro Forte, la pone en pie y se aleja con ella de la carnicería en la que se ha sumido el mundo.

—¡Señor Ortín! ¡Señor Ortín! ¡Despierte!

El joven Ortín da un respingo que le levanta un palmo del cómodo sillón de cuero en el que se ha quedado completamente dormido. Contempla sorprendido al hombre que tiene ante él, entrado en años, pero con jovialidad en la mirada, rostro enjuto y alargado, decorado con un bigote grisáceo que le da un aire británico.

—¿Quién es usted? —pregunta Ortín cuando la sorpresa se lo permite.

—El profesor Garbí, por supuesto —responde el otro con un deje divertido.

—Pero... no puede ser... el profesor Garbí ya estaba aquí... y no se parece en nada a usted...

—Creo, señor, que se ha quedado usted dormido esperándome, le ruego muchísimo que disculpe mi tardanza, y que ha tenido usted un sueño... por cierto, creo que de eso quería usted hablarme, de un sueño repetitivo en el que aparece un escudo...

Ortín se pone en pie como un resorte, recuerda perfectamente toda la historia de Juan Torreblanca y Pedro Forte que le ha contado el profesor Garbí... el otro profesor Garbí, ya no tiene ninguna pregunta sobre el escudo que aparecía en su sueño, pero hay algo en lo que el profesor estaba equivocado, completamente equivocado… se excusa como puede y toma la salida, necesita respirar. Al abrir la puerta del gabinete se topa con un gran cuadro de un hombre de mediana edad con cara de luna. «Es mi tatarabuelo, el primer gran historiador de nuestra familia», afirma el profesor ante el evidente interés del joven.

Ortín se planta delante del cuadro y lo mira con fijeza dirigiéndose con el pensamiento a la venerable figura.

Le agradezco mucho el interés que se ha tomado usted, ahora he descubierto muchas cosas sobre mis orígenes y sobre ese sueño que me atormentaba, sin embargo, tengo que decirle que se ha equivocado en una cosa: no soy descendiente de Juan Torreblanca. Quizá Pedro Forte se mereciera una oportunidad que el destino no le dio, porque cuando huyó con Alonso tomó las medidas necesarias para que el niño estuviera bien atendido en cualquier circunstancia, estaba decidido a reformarse y a ser por aquel hijo todo lo que no había sido hasta entonces.

Hace un gesto de despedida hacia el cuadro y se encamina hacia la salida, acompañado del profesor Garbí, visiblemente incómodo.

—Lamento no haberle podido ser de más utilidad, permítame un pequeño obsequio para compensar mi descortesía.

Se dirige a su biblioteca y elige un pequeño volumen, saca una elegante estilográfica y con gesto desenvuelto escribe algo en la primera página. Ortín lo toma, es un ejemplar de «Sax en la guerra de sucesión», de Joaquín Barceló Verdú. Lee la dedicatoria que ha escrito el profesor: *A Alonso Ortín, con el deseo de que la luz del pasado le ilumine el camino del futuro.*